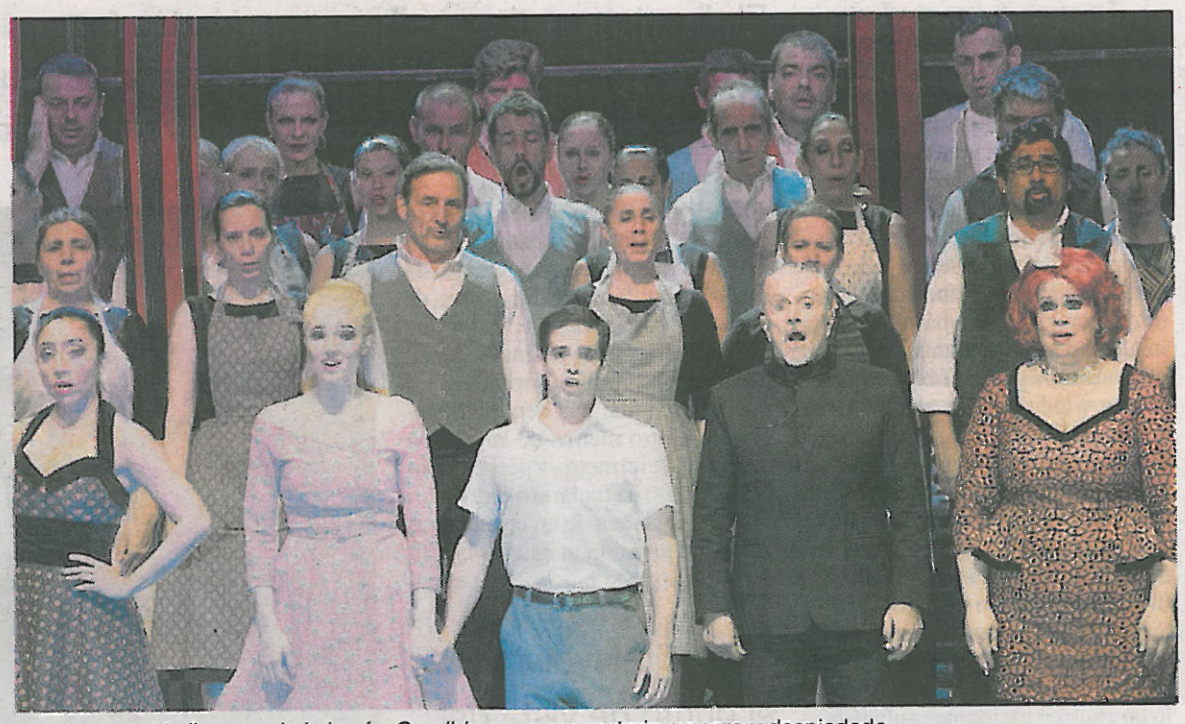
MUSICA ***Candide*, de Leonard Bernstein, estrena hoy en el teatro Coliseo**

Un trazo vertiginoso de teatro musical

El fin de la temporada de Nuova Harmonia es con esta producción integral del Teatro Argentino de La Plata.



Bajo la aparente ligereza de la ironía, *Candide* es un comentario amargo y despiadado.

La temporada 2018 de Nuova Harmonia culmina con *Candide*, de Leonard Bernstein. Con funciones hoy, jueves y sábado en el teatro Coliseo (Marcelo T. de Alvear 1125, a las 20.30), se estrenará una de las obras más complejas y extrovertidas del compositor y director estadounidense en el año del centenario de su nacimiento. Se trata de una producción integral del Teatro Argentino de La Plata, con la dirección musical de Pablo Drucker, al frente del Coro y la Orquesta Estables, y la puesta en escena de Rubén Szuchmacher.

¿Es una ópera cómica del siglo XX? ¿Una comedia musical barroca? ¿Un *singspiel* de vanguardia? ¿Una *ballad opera* de autor? Nada de eso y todo. O, mejor, un poco de cada cosa, como en casi toda la música de Bersntein. Más allá de las posibles clasificaciones, *Candide* es un trazo vertiginoso de teatro musical que incluye una multitud de estilos y características para combinarlas y resignificarlas continuamente en nombre de una idea superior: la comunicación. "Es una obra difícil de ubicar en cuanto al género, pero ese es un problema secundario frente al desafío de sostener el ritmo dramático que necesita una obra que resulta particularmente compleja por la variedad estilística que propone", comenta a **Página|12** el director musical Pablo Drucker. Son veintisiete los números musicales que trazan el arco narrativo de una trama atiborrada de personajes y situaciones. Una historia extraída de la sátira filosófica, *Cándido o el optimismo*, publicada en París en 1759 y firmada por Voltaire con el seudónimo de "Monsieur le docteur Ralph". "Son muchos los hilos que se mueven en una partitura riquísima, articulada en números muy breves y en general marcadamente contrastantes. Entre un número y otro el contraste es brutal. Se da desde lo narrativo y también en la música, en la armonía, el ritmo. Ante esa diversidad es fundamental lograr continuidad entre los cambios", agrega el director.

"Ya desde la obertura la música de *Candide* ofrece sorpresas. Cuando comencé a estudiar la obra, me sorprendió la heterogeneidad que el compositor planteaba en los distintos momentos. En dos horas y media pone en juego mucho material, y eso hace que nunca se está seguro hacia dónde se va a disparar la obra. Sin embargo, los números cortos, de dos o tres minutos, hacen que todo fluya con un ritmo que te atrapa pero no te ahoga", continúa Drucker, que no pierde de vista que la música de Bernstein es la de uno de los grandes directores del siglo XX. Estrenada en 1956, *Candide* es el reto de traducir en música y llevar al teatro popular un relato filosófico, una novela de aprendizaje en la que Voltaire critica desde los principios de la razón iluminista, ese optimismo por el cual todo es bueno por naturaleza.

El joven Candide (interpretado en esta puesta por el tenor Santiago Martínez) es un cultor incondicional del optimismo. En ese afán lo guía su tutor, el Doctor Pangloss (el barítono Héctor Guedes), que lo formó en la convicción de que la razón divina procede siempre hacia el bien y que pase lo que pase vivimos siempre en el mejor de los mundos posibles. Expulsado del castillo del barón Thunder-ten Tronckh en Westfalia y enamorado de una de la hija del barón, Cunegunda (la soprano Oriana Favaro), Candide se salva de la invasión de los búlgaros, de los que sin saber muy bien cómo, termina siendo parte. Comienzan así sus increíbles aventuras: escapa de la guerra, de un naufragio y un terremoto en la costa de Portugal, donde es arrestado por la Santa Inquisición en Lisboa y sentenciados a muerte junto a su maestro Panglos. Candide se salva y llega a París en busca de Cunegunda, quien en tanto se convirtió en amante compartida de un mercader judío y de un cardenal católico. Candide mata a los dos amantes y escapa con su Cunegunda hacia Cadiz para embarcarse hacia el Nuevo Mundo: Buenos Aires, Cartagena, Eldorado y, finalmente, Venecia, donde mientras tanto, Cunegunda había sido tomada como esclava."No somos sabios, ni puros, ni buenos. Haremos lo mejor que podamos", termina Candide, para reconducir la metafísica del optimismo hacia la órbita de lo humano y sus miserias.

Bajo la aparente ligereza de la ironía, *Candide* es un comentario amargo y despiadado sobre la hipocresía con que el mundo y su complejo de culpa esconden la verdadera naturaleza del hombre. Contado, eso sí, con la mejor música posible.

Opinión Por Rodolfo Alonso*

Violetas para Ida Vitale

"Los premios no escriben por uno", me dejó caer alguna vez Juan Gelman, en uno de sus breves (pero sustanciosos) mensajes de texto. De ese nivel, de tal calibre había de ser también la montevideana Ida Vitale, a quien el Premio Cervantes 2018 se ha honrado al premiarla. Seguramente ha de haber recibido con calma la noticia, en el silencio habitado que la envuelve, quizá con esa misma inolvidable sonrisa tierna y levemente triste con que nos regalara aquí, al citarnos hace años de paso, para tanto tiempo de sosegado diálogo "cuyo tibio recuerdo", como bien diría ella después, "persiste en aquella noche de un Buenos Aires, después de mucho recobrado".

(Y aquí volvimos a encontrarnos, sin cita previa, cuando coincidimos espontáneamente en el Festival de Poesía de la última Feria del Libro, donde ella vino hacia mí con los brazos abiertos, desde lejos, mientras yo la buscaba entre la gente. Y luego me esperaba sentadita, abrazando el grueso ejemplar de su "Poesía reunida" que quiso dedicarme, antes de dudar por ser el único para lecturas, hasta que su hija Amparo le aseguró que pedirían otro en el stand de la editora.)

¿Cómo no nos iba a dar entonces un enorme alegrón y al mismo tiempo sorprendernos, cimarrones como somos, que un premio de a veces tan estruendosos relumbrones le haya tocado, ahora, a una de las más recoletas, ceñidas y acendradas voces de nuestro sur, de nuestro sur del Sur? ¿Cómo no nos iba a conmover que fuera una uruguaya, es decir la otra orilla de esa cuenca rioplatense que compartimos con nuestros hermanos orientales, a la que solían imaginarse tiempo atrás como preferentemente inclinada hacia la introversión y la melancolía?

Al encarar la personalísima producción lírica de Ida Vitale, me resulta imposible no percibir de qué fecunda manera esta poesía que parte –desde un comienzo– de la absoluta, nítida, insoslayable conciencia de nuestra mortalidad ("Serás ceniza y no tendrás sentido" dice, quevedianamente), y por lo tanto de la consiguiente precariedad de nuestros actos ("La historia no se olvida y roe, roe"), se descubre a la altura de ese ineludible despojamiento con el no menos despojado ahondar de su palabra ("Puedo cantar / en medio del más cauto, / atroz silencio") y, al mismo tiempo, de su propia vida ("Ahora estamos a solo, duro, / enemistado cielo").

Sin la falsa vergüenza de que no la denuncie su propia entidad, su auténtico sentir, Ida Vitale ha logrado erigir la escueta carnalidad de sus textos a la vez concisos y jugosos, que no desdeñan la médula ni el hueso, y que encauzan en su lengua ese contagioso, desesperado y humanísimo aliento, ese jadeo de nuestra condición.

Entre "un ramo de ruina" y "el gran árbol de luz", con "ácida paciencia" la autora no sólo "trueca el duelo en canto", sino que es capaz de experimentar –y transmitirnos– la densidad grave y no sólo fonética del lenguaje, de esas palabras a las que de forma tan tierna y tan lúcida llama "Hermanas, tristes nuestras", a las que sanamente también concibe siempre al borde de la mortal retórica: "Un breve error / las vuelve ornamentales". La pasión, a un tiempo enamorada y desolada que se percibe, vívida, en la escritura desnuda, árida y ávida de Ida Vitale, es a la vez (al unísono, como debe ser) una pasión de vida y de belleza, y no se entrega a la mortalidad sino para hacer de ella señales preñadamente contagiosas de la especie, modos de ser más ser, crudo y veraz lenguaje de los hombres, tenso y transido, que no nos seduce ni encandila. Vida escrita latente y lista a fecundarnos, de igual a igual, sin trampas ni añagazas: "Como este pájaro / que espera para cantar / a que la luz concluya, / escribo entre lo oscuro, / y cuando nada hay que brille / y llame de la tierra. / Inauguro en lo oscuro, / observo, escarbo en mí / que soy lo oscuro."

* Poeta, traductor, ensayista.